

## ***Alégrense en el Señor***

**Por el Cardinal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.  
Arzobispo de Newark**

---

### **El racismo viola la dignidad humana**



En noviembre de 2018, nosotros los obispos de los Estados Unidos publicamos una carta pastoral contra el racismo titulada *Abramos Nuestros Corazones: El Incesante Llamado al Amor - Una Carta Pastoral Contra el Racismo*. Aunque nuestra conferencia se ha pronunciado en contra del racismo muchas veces en el pasado, creíamos que los crecientes incidentes de violencia e injusticia en nuestra nación justificaban un renovado compromiso de nuestra parte para llamar la atención sobre los males del pensamiento, el discurso y las acciones racistas. Los acontecimientos de los últimos meses hacen que esta clara enseñanza sea más importante que nunca.

Según nuestra carta pastoral, "El racismo ocurre porque una persona ignora la verdad fundamental de que, como todos los seres humanos comparten un origen común, todos son hermanos y hermanas, todos igualmente hechos a imagen de Dios. Cuando se ignora esta verdad, la consecuencia es el prejuicio y el miedo al otro, y—con demasiada frecuencia—el odio". Esta verdad fundamental —que todos están hechos a imagen de Dios y, por lo tanto, todos son iguales a la vista de Dios— es la base de toda la enseñanza social católica. Las actitudes y acciones racistas violan la dignidad humana y son profundamente ofensivas para Dios y para todos nuestros hermanos y hermanas en la familia humana.

Históricamente, muchos grupos, como los irlandeses, italianos, mexicanos, puertorriqueños, polacos, judíos, chinos y japoneses, han sido sometidos a prejuicios raciales y étnicos en nuestro país. Muchos grupos todavía están experimentando prejuicios, incluyendo el aumento del antisemitismo, la discriminación a la que se enfrentan muchos hispanos hoy en día y el sentimiento anti musulmán. Especialmente significativas son las experiencias únicas de las comunidades nativas y afroamericanas, que sufrieron terribles abusos sistemáticos en el pasado y cuyos efectos siguen causando sufrimiento generalizado hoy en día.

¿Qué podemos hacer para superar el mal del racismo y asegurar que los pasos positivos que tomamos no se vean erosionados con el tiempo por el regreso a las actitudes y acciones racistas? Como escribimos en *Abramos Nuestros Corazones: El Incesante Llamado al Amor*:

"El amor nos obliga a cada uno de nosotros a resistir el racismo con valentía. Nos exige tender la mano generosamente a las víctimas de este mal, ayudar a la conversión necesaria en aquellos que todavía albergan el racismo, y comenzar a cambiar las políticas y estructuras que permiten que el racismo persista. Superar el racismo es una demanda de justicia, pero debido a que el amor cristiano trasciende la justicia, el fin del racismo significará que nuestra comunidad dará frutos más allá del simple trato justo a todos".

Cuando cada hombre, mujer y niño sean tratados con la dignidad y el respeto que merecen, se resolverán toda una serie de problemas culturales, económicos y políticos. Ya no sentirán individuos o grupos la necesidad de inflar sus egos mediante actitudes y comportamientos condescendientes o abusivos. Los resultados incluirán familias más fuertes, comunidades que están en paz con sus vecinos y una nación sana y próspera.

El racismo— ya sea sutil o flagrante—es un veneno que no podemos tolerar. Nuestro Señor nos desafía a abstenernos de juzgarnos unos a otros, a amar a todos y a tratarnos unos a otros como quisiéramos ser tratados. Como nos enseña el Papa Francisco (véase más adelante), "No podemos tolerar ni hacer la vista gorda ante el racismo y la exclusión en ninguna forma y, todavía pretender que defendemos lo sagrado de toda vida humana".

En nuestra carta pastoral, decimos: "El racismo surge cuando—consciente o inconscientemente—una persona sostiene que su propia raza o etnia es superior, y por lo tanto juzga a las personas de otras razas o etnias como inferiores e indignas de igual consideración. Cuando esta convicción o actitud lleva a individuos o grupos a excluir, ridiculizar, maltratar o discriminar injustamente a otras personas por su raza o etnicidad, es pecaminoso. Los actos racistas son pecaminosos porque violan la justicia. Revelan la falta de reconocimiento de la dignidad humana de las personas ofendidas, de reconocerlas como el prójimo que Cristo nos llama a amar (Mt 22, 39)."

Oremos para que la gracia de Cristo nos dé el valor de reconocer el pecado del racismo. Trabajemos duro para eliminar el racismo dondequiera que exista hoy y para evitar que regrese en los días por delante.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.  
Arzobispo de Newark

## Una Selección de la carta pastoral de los Obispos de Estados Unidos sobre el racismo, **Abramos Nuestros Corazones: El Incesante Llamado al Amor** (paginas 3-8)

### ¿Qué Es El Racismo?

El racismo surge cuando —ya sea consciente o inconscientemente— una persona sostiene que su propia raza o etnia es superior y, por lo tanto, juzga a las personas de otras razas u orígenes étnicos como inferiores e indignas de igual consideración. Esta convicción o actitud es pecaminosa cuando lleva a individuos o grupos a excluir, ridiculizar, maltratar o discriminar injustamente a otras personas por su raza u origen étnico. Los actos racistas son pecaminosos porque violan la justicia. Revelan que no se reconoce la dignidad humana de las personas ofendidas, que no se las reconoce como el prójimo al que Cristo nos llama a amar (Mt 22:39).



El racismo ocurre porque una persona ignora la verdad fundamental de que, todos los seres humanos al compartir un origen común, son hermanos y hermanas, todos igualmente hechos a imagen de Dios. Cuando se pasa por alto esta verdad, la consecuencia es el prejuicio y el temor al otro y—con demasiada frecuencia—el odio. Caín olvida esta verdad en el odio a su hermano. Recordemos las palabras de la primera carta de Juan: “El que odia a su hermano es un asesino, y ustedes saben que ningún asesino puede tener vida eterna en sí mismo” (1 Jn 3:15). El racismo comparte el mismo mal que movió a Caín a matar a su hermano. Surge de suprimir la verdad de que su hermano Abel también fue creado a imagen de Dios, una persona humana igual a él. Cada acto racista —cada comentario, cada broma, cada mirada despectiva como reacción al color de la piel, el grupo étnico o el lugar de origen—es un fracaso en reconocer a la otra persona como hermano o hermana, creada a imagen de Dios. En estos y en muchos otros actos similares, el pecado del racismo persiste en nuestras vidas, en nuestro país y en nuestro mundo.

El racismo se presenta de muchas formas. Se puede ver en actos deliberados, pecaminosos. En los últimos tiempos, hemos sido testigos de expresiones atrevidas de racismo tanto por parte de grupos como de individuos. La reaparición de símbolos de odio, como sogas con nudos corredizos y esvásticas en espacios públicos, es un indicador trágico de la creciente animosidad racial y étnica. Con demasiada frecuencia, personas hispanas y afroamericanas, por ejemplo, enfrentan discriminación en la contratación laboral, la vivienda, las oportunidades educativas y el encarcelamiento. Frecuentemente los hispanos están en el punto de mira de prácticas selectivas de control de la inmigración derivadas de perfiles raciales, e igualmente los afroamericanos por presunta actividad criminal. También crece el temor y hostigamiento a personas provenientes de

países de mayoría musulmana. Ideologías nacionalistas extremas alimentan el discurso público estadounidense con una retórica xenófoba que instiga el miedo hacia los extranjeros, los inmigrantes y los refugiados. Finalmente, con demasiada frecuencia, el racismo se manifiesta en forma de pecado de omisión, cuando individuos, comunidades e incluso iglesias permanecen en silencio y no actúan contra la injusticia racial cuando se la encuentra.

A menudo el racismo se puede encontrar en nuestros corazones— en muchos casos, puesto allí sin querer o inconscientemente a causa de nuestra crianza y cultura. Y así, puede llevar a pensamientos y acciones que ni siquiera consideramos racistas, pero que sin embargo se derivan de la misma raíz de prejuicio. Consciente o inconscientemente, esta actitud de superioridad se puede ver en cómo ciertos grupos de personas son vilipendiadas, llamadas criminales o percibidas como incapaces de contribuir a la sociedad, incluso indignas de sus beneficios. El racismo también puede ser institucional, cuando se mantienen prácticas o tradiciones que tratan a ciertos grupos de personas injustamente. Los efectos acumulativos de los pecados personales del racismo han llevado a estructuras sociales de injusticia y violencia que nos hacen a todos cómplices del racismo.

Leemos los titulares que informan sobre la muerte de afroamericanos desarmados a manos de funcionarios de las fuerzas del orden. En nuestras prisiones, el número de reclusos de color, especialmente morenos y negros es sumamente desproporcionado.

A pesar de las grandes bendiciones de libertad que ofrece este país, debemos admitir la pura verdad de que, para muchos de nuestros conciudadanos, que no han hecho nada malo, las interacciones con la policía a menudo están cargadas de temor e incluso de peligro. Al mismo tiempo, rechazamos la áspera retórica que menosprecia y deshumaniza al personal de las fuerzas del orden que trabaja para mantener seguras nuestras comunidades. También condenamos los ataques violentos contra la policía.

Hemos visto además años de racismo sistemático manifestándose en la forma en que se asignan recursos a comunidades que siguen segregadas de facto. Por poner un ejemplo, la crisis del agua en Flint, Michigan, se debió a decisiones políticas que afectaron negativamente a los habitantes, la mayoría de los cuales eran afroamericanos. Podríamos continuar con otros ejemplos, pues los casos de discriminación, prejuicio y racismo, lamentablemente, son demasiados.

En momentos importantes de nuestra historia, los obispos han escrito para expresar su preocupación pastoral por el flagelo del racismo, que algunos han llamado el pecado original de nuestro país. En 1958, los obispos condenaron las formas flagrantes de racismo encontradas en la segregación y en las leyes “Jim Crow”.

Diez años más tarde, escribieron para condenar el escándalo del racismo y las políticas y acciones que llevaron a tanta frustración que la violencia estalló en muchas ciudades. En 1979, los obispos escribieron sobre cómo el racismo seguía afectando a muchos de nuestros hermanos y hermanas, poniendo de relieve las formas estructurales e institucionales de injusticia racial evidenciadas en los desequilibrios económicos presentes en nuestra sociedad.

Con los cambios positivos que surgieron del movimiento por los derechos civiles y la legislación relacionada con los derechos civiles, algunos pueden creer que el racismo no es ya una contrariedad

importante de nuestra sociedad—que sólo se encuentra en los corazones de individuos que pueden ser tachados de ignorantes o incultos. Pero el racismo sigue afectando profundamente nuestra cultura, y no tiene lugar en el corazón cristiano. Este mal causa un gran daño a sus víctimas y corrompe las almas de quienes albergan pensamientos racistas o prejuiciosos. La persistencia del mal del racismo es la razón por la que escribimos esta carta. Todavía hay personas que sufren, así que es necesario actuar.

Lo que se necesita, y lo que estamos pidiendo, es una conversión genuina de corazón, una conversión que obligue al cambio y la reforma de nuestras instituciones y de la sociedad. La conversión es un largo camino para la persona. Llevar a nuestra nación a la plena realización de la promesa de libertad, igualdad y justicia para todos es aún más difícil. Sin embargo, en Cristo podemos encontrar la fortaleza y la gracia necesarias para emprender ese camino.

En este sentido, cada uno de nosotros debe adoptar como propias las palabras del papa Francisco de no permitir que nadie “piense que esta invitación no es para él o ella”.

Todos necesitamos una conversión personal y continua. Nuestras iglesias y nuestras instituciones cívicas y sociales necesitan una reforma continua. Sólo cuando el racismo se confronta abordando sus causas y las injusticias que produce, puede darse la sanación. En una realidad así transformada, los titulares que hoy vemos con demasiada frecuencia se convertirán en lecciones del pasado.

¿Cómo podemos superar este mal de rechazar la humanidad de un hermano o hermana, que es el mismo mal que provocó el pecado de Caín? ¿Cuáles son los pasos necesarios que conducirían a esta conversión? Encontramos nuestra inspiración en las palabras del profeta Miqueas:

El Señor ya te ha dicho, oh hombre, en que consiste lo bueno y qué es lo que él espera de ti: que hagas justicia, que seas fiel y leal y que obedezcas humildemente a tu Dios. (Mi 6:8)

Practicar la justicia requiere un reconocimiento honesto de nuestras fallas y el restablecimiento de relaciones correctas entre nosotros. “Si confesamos nuestros pecados, [Dios] que es justo, nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad” (1 Jn 1:9). Amar la bondad exige procurar “lo que conduce a la paz y a la edificación mutua (Rm 14:19). Requiere un esfuerzo decidido, pero más aún, requiere humildad; requiere que cada uno de nosotros pida la gracia necesaria para superar este pecado y deshacernos de este flagelo. A continuación, queremos hacer un llamado cristiano a todos nosotros en este país a “caminar humildemente con nuestro Dios” para que, por su gracia, el racismo sea erradicado.

---

## Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



He observado con gran preocupación los dolorosos desórdenes sociales que se están produciendo en su nación en los últimos días, tras la trágica muerte del Sr. George Floyd. No podemos tolerar ni cerrar los ojos ante ningún tipo de racismo o exclusión y pretender defender la santidad de cada vida humana.

Al mismo tiempo, debemos reconocer que la violencia de las últimas noches es autodestructiva y contraproducente". Nada se gana con la violencia y mucho se pierde".

Oremos por el consuelo de las familias dolientes y sus amigos, y roguemos por la reconciliación nacional y la paz que anhelamos. Que Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América, interceda por todos los que trabajan por la paz y la justicia en su tierra y en todo el mundo. (Papa Francisco, Audiencia General, junio 3, 2020)

---

### Mi Oración Para Ustedes

Quisiera hacer mía la oración que concluye la carta pastoral de los Obispos de los Estados Unidos sobre el racismo, *Abramos Nuestros Corazones: El Incesante Llamado al Amor*.

María, amiga y madre de todos, a través de tu Hijo, Dios ha encontrado un camino para unirse a todos los seres humanos, llamados a ser un solo pueblo, hermanas y hermanos entre sí.

Pedimos tu ayuda al recurrir a tu Hijo, buscando el perdón por las veces en que hemos fallado en amarnos y respetarnos. Pedimos tu ayuda para obtener de tu Hijo la gracia que necesitamos para vencer el mal del racismo y construir una sociedad justa.

Pedimos tu ayuda para seguir a tu Hijo, para que el prejuicio y la animosidad no infecten más nuestras mentes o corazones, sino que sean reemplazados por el amor que respeta la dignidad de cada persona.

Madre de la Iglesia, el Espíritu de tu Hijo Jesús alienta nuestros corazones: ruega por nosotros.  
Amen †



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

